

(Salen Alejandro el Comisario y Marcelo, portero de su audiencia. Alejandro vestido con capa y gorra de letrado y una vara de juez en la mano.)

Soy comisario del divino Apolo
contra los malos gustos de la gente.
Traéis la comisión muy dilatada,
que apenas hallaréis buen gusto en nada.
Ya el alguacil, mi amigo, se ejercita
en buscar delincuentes.

¿Vuestro amigo
llamáis al alguacil? Grande fineza,
y si os mortificáis, suma pobreza.
Empecemos la audiencia, que ya viene.
Bien lo dicen, señor, tan grandes voces,
que ningún alguacil viene callado.
Es por autorizar la diligencia
y hacer del servicial en mi presencia.
(Entran el Alguacil, Fabricio y Don Teodoro.)

Yo soy muy caballero.

Gentil bruto.

Quitad el muy, quedaos con caballero,
y seréis caballero verdadero.
¡Cómo!, ¿que a mí me prendan por mal gusto,
y que por mí se empiece la visita?
Porque la solemnice vuestra grita.
¿Que yo tengo mal gusto?

Al caso, al caso.

Referid vuestro gusto y sed muy breve,
porque siquiera en esto le tengamos:
a difícil principio os obligamos.
Mi gusto es levantarme a medio día
y ver nacido al sol, y muy nacido:
nunca verle en pañales he querido.
Doy en mi cuello al rostro sepultura ,
por no facilitarme a los vulgares;
cómo a más de las tres, y muchas veces
me admiro que aun entonces no he comido,
mas tengo mayordomo prevenido.

Ceno con las risadas de la aurora,
y a veces hago cena sus risadas ,
que, para cena, son poco pesadas.
Retiróme a la cama, y blandamente
me entrego al sueño sin pensar en cosa.

Suma bestialidad, pero dichosa.
En decir pesadumbres tengo gusto,
y más que no en decillas y en hacellas,
aunque no todas veces salgo dellas.
Gusto siempre de andar en coche, en silla,
que tengo pocas luces de jinete;
hablo adrede descuidos ignorantes,
dando a entender que estoy muy divertido,
que aun desto quiero hacer caballería.
Bien pocas veces hablaréis adrede:
esto por natural en vos se quede.

ítem más.

Qué, ¿aún os queda otro pecado?

Advertid si este gusto es regalado.

Si tengo alguna deuda, que sí tengo,

que está en la platería mi linaje,

aunque tenga más oro que los Ingas,

nunca pagué sin ser ejecutado;

que yo pago las décimas con gusto,

porque de ser importunado gusto.

Dime, hombre, si tienes al oído

algún demonio ejecutor de engaños

que te aconseja tan perversos daños.

¡Este llamas buen gusto, éste es deleite?

¡Qué de penalidades has contado!

¿Quién se acomoda a ser tan desdichado?

Ministro, el mi alguacil, oíd, sea luego:

á las galeras le llevad de Apolo,

que aun tendrá puesto al remo menos pena

que aquella a que su estrella le condena.

A galeras jamás llevan los nobles.

Mal habéis nuestra audiencia conocido:

aquí no hay más nobleza que buen gusto.

Si aquí no se platica otra nobleza,

sin duda estoy con voz en gran bajeza.

(Vánse el Alguacil y Don Teodoro.)

¿Qué os parece del bárbaro?

Me admira.

¡Líbreme el cielo de un error tan necio!,

que si él no me tiene de su mano,

por gusto será de mí tirano.

(Entran el Alguacil y el Maldiciente.)

¿Otro viene a visita?

¡Gentil cosa,

pretender censurar el gusto mío

y ser legislador de mi albedrío !

¿Quién sois?

El mejor gusto de la corte.

¡Oh, qué poco lo habéis encarecido!

¿Pues yo me acuso del? No le consiento.

Vaya de gusto.

Vaya norabuena.

Mi gusto es no tener en nada gusto

de cuanto hacen o dicen otros hombres,

y aun me ofenden las flores y las luces.

Murmuro yo de Abril las galas bellas,

y censuro el ornato en las estrellas.

Cuanto se representa en los teatros ,

sin saberlo imitar, lo escandalizo,

que me precio de ser escandaloso.

Decid: ¿pretendéis gajes por gracioso?

Hablad de veras.

Él se está burlando.

¡Vive Dios, que de veras voy hablando!

Hombre, vete a vivir entre los áspides;

vomita tu veneno con las sierpes,
y no quieras , cual falso cocodrilo,
emponzoñar la corte con tu estilo.
¿No vives despreciado y miserable?
Antes muchos me aplauden y hacen fiesta.
¡Que se haga aplauso a lengua tan molesta!...
Sígueme gran cortejo de mozuelos,
que dicen que hablo mal con muy buen gusto,
y juran que no hay gusto más suave.
¡El diablo que lo enseña, te lo alabe!
¿Qué hemos de hacer deste hombre peligroso,
pues son peligros todas sus razones?
Échale a un muladar, para que vea
cuan bien en tal lugar su lengua emplea.
Dime: y a todos esos tus oyentes,
¿sueles corresponder agradecido?
Mas en ellos mi lengua se ejercita,
de sus costumbres bien asegurada,
que hablar mal, con verdad, aun más me agrada.
¿Cómo todos perdonan tu semblante?
¿Cómo en él no han plantado muchas cruces
si a tan vil ejercicio te reduces?
¿Cómo han de castigar lo que es gracioso
y que ya está por gusto recibido?
El juicio he de perder. ¡Que gusto sea
ocupación tan vil, tan baja y fea!
Échale una mordaza a este blasfemo,
y pintalde una lengua entre unas llamas
en un escudo, y sirva allí de aviso:
volad , que aquí es pecado el ser remiso.
(Vánse el Alguacil y el Maldiciente.)
Muerto me deja este hombre.
A mí corrido,
de no haberle a más pena condenado.
¡Qué de agua que sudas por la frente!
Si tuve cerca el fuego de la envidia,
forzoso fue sudar con tanto fuego,
y aun estoy por decirte que me abraso.
No levantes la voz: escucha, paso.
¿Quién viene aquí?
Un hombre de buen gusto.
(Entran el Alguacil y el Lisonjero.)
Haceos el alabaros sospechoso.
Por lo menos mi gusto es venturoso.
Yo todo soy panal, yo todo almíbar,
y mucho más con gente poderosa;
aun a lo irracional, hablo suave,
que a un perro dije ayer que parecía
hijo de la canícula del cielo;
y con ser más sangriento que apacible,
dio perdón general a mis zancajos,
que hablar bien aun excusa estos trabajos.
Como a lo irracional, a lo insensible,
suelen ser agradables mis razones,

porque pasando yo por una casa,
cuyo edificio amenazaba ruina,
la solía decir tierno y sonoro:
.;¡Oh milagro del tiempo! ¡Oh gran materia
de alabanza a las plumas generosas!
Si los siglos pasados te alcanzaran,
con voces de metal te celebrarían.»
¿Perdí este sacrificio? No, por cierto;
porque un día aguardó a que yo pasase,
y tendiendo su máquina en el suelo,
cogió a muchos debajo de sus redes,
que el buen lenguaje aún le oyen las paredes.
Vos tenéis muy mal gusto.

Desto cómo.

Pues no le llaméis gusto, sino oficio,
que a tenerlo por gusto fuera vicio.
Demás de que me valen mis aumentos,
tengo tan gran deleite en este estudio,
que me salgo, si me hallo falto de hombres ,
á buscar a las plantas , y les digo
infinitas lisonjas, cada día,
sin mayor interés que hacer mi gusto.
¡Jesús, Jesús! ¡Tenedme, extraño susto!
Ser uno por oficio lisonjero,
y hacer de los oficios pan y carne,
debe disimularse en la pobreza;
mas hacerlo por gusto, es gran vileza.
¡Oh vil lisonjerón! ¡Oh torpe ingenio!,
yo te condeno a muerte.

¿Cómo a muerte,
si al maldiciente le dejaste vivo?
El crimen deste es caso más esquivo;
tal vez un maldiciente pone miedo
y enmienda la república de vicios ,
porque hace con su lengua sacrificios;
pero el halago vil de la lisonja
humilla magistrados, rompe leyes
V ensordece las almas de los reyes.
¡Muera por el delito!

Sólo quiero...

Di, que daré a tus ruegos grato oído.
Que por esta vez quede perdonado,
si no del todo, en menos castigado.
Conmutóle la pena en que se case
con una dama muy desvanecida,
y en ella emplee todas sus lisonjas
hasta dejarla del las satisfecha.
Eso es llevarme a muerte más estrecha.
Mandasme un imposible, y así quiero
entregarme a los filos del acero.
¿Cómo que se ha excusado a tales bodas?
¡Vive el cielo, que tiene ingenio raro!
Por hombre de buen gusto le declaro:
ahora sí sois hombre de buen gusto.

En mi vida traté con juez más justo.
(Vánse el Alguacil^ el Lisonjero.)
Démonos prisa: ¿no viene más gente?;
que un comisario no ha de estar ocioso,
pues trabaja el salario en su servicio:
que es dar malas costumbres al oficio.
(Entran el Alguacil y el Lindo.)
Aquí traigo...
No trae , que yo me vengo.
¿Quién pudiera traerme a mí forzado,
si el propio sol me mira con agrado?
¡Yo sí que tengo gusto peregrino!
Como nací tan bello, no desprecio
del cielo sacro tan hermosos dones,
y así adoro mis propias perfecciones;
traigo espejo portátil: ved si miento.
(Saca un espejo.)
En él suelo mirarme a cada paso,
y digo, vuelto al cielo: «Tú has querido
tener retrato en mí muy parecido.»
¿Cómo no han dicho aquí. Dios le bendiga?
Mas como no son damas, no me espanto,
que ellas, como me miran con deseo,
hacen de bendiciones grande empleo.
Todo mi gusto pongo en que se pierda
una mujer por mí; notable gusto
es escuchar sus lágrimas y quejas,
y estar yo entre su fuego muy helado,
que entonces suelo ser muy mesurado.
Si no es mi comisión contra los locos,
¿para qué vino este hombre a mi presencia,
perdiendo en vano el tiempo de la audiencia?
Tengo perrillos yo, tengo muñecas,
y también regalillos y abanicos;
antojadizo soy y melindroso,
con no pequeña parte de hazañero;
digo señora madre , y otras cosas
que me parece a mí que son donosas.
¿Cómo ser hazañero has confesado?
¡Más tienes de bellaco que de loco!
No me deleito en ese gusto poco:
desmayóme muy bien cuando yo quiero,
hago visajes, la color retiro,
y al fin suelo volver con un suspiro.
Dadle a la corrección de los muchachos,
el mi amado alguacil.
¡Grave castigo!
No repliquéis, haced lo que os digo.
Bien le pudiera echar vuseñoría
condenación que fuera pecuniaria.
Muy a lo alguacil habéis hablado:
¡vaya por vos en costas condenado!
(Vánse el Lindo y el Alguacil.)
Parte pido en las costas.

Ya fue tarde.

Pedid con desvergüenza y osadía,
que el pedir no es acción de gente fría.

Yo, señor...

¿Qué?

Soy hombre recatado

y hago de mi persona mucho precio.

Gentil prenda me dais de que sois necio.

Este es mi gusto.

Bueno, ¿tenéis gusto?

Pues qué, ¿soy yo de mármol, soy yo robre?;
yo tengo un gusto muy acreditado.

Alejandro.

Bueno, en mi comisión habéis pecado:
decid , decid , quizá tendremos presa.

Yo gusto de romper del mar las ondas
en galera veloz, y cada día

descubrir nuevas tierras y ciudades,
que me sé yo pagar de novedades.

Que me hagan la salva los clarines,
al tiempo que a la aurora, me da gusto;

y aunque el pan coma lleno de gusanos,
con él engordo y buena sangre crío,

sólo porque ejecuto el gusto mío.

En ninguna ciudad puedo estar quieto

con la curiosidad de ver más mundo,

que en esta parte mi delito fundo,
porque habéis de rodear toda la tieira.

En esta comisión os voy sirviendo,

que así mi inclinación feliz consigo
cuando los pasos desta audiencia sigo.

Y viendo tanto mundo, ¿habéis hallado
algo con que pasar vejez dichosa?

Nunca mi inclinación fue codiciosa.

Porque ministro sois de nuestra audiencia,
os amonesto que mudéis de gusto,

y advertid que soy recto y que soy justo.

Señor...

No más.

Una palabra sola.

Con vuestra relación estoy marcado.

¡Ofrezco al diablo gusto tan aguado!

¿Tan burlón es el mar, tan apacible,

que os fiáis de sus ondas cada día?

¿Por qué buscáis ciudades donde hay mapar

Si allí las hallareis tan bien fingidas,

y más hermosas , pero más mentidas ,

¿creéis vos que hay más mundo que esta corte?

Esa calle Mayor es todo el mundo,

donde se sabe todo y miente todo,

porque también es mapa deste modo.

(Entran el Alguacil y la Cochera.)

Una cochera traigo.

¿Cómo, hermano?

Una mujer, señor, decir debiera:
mas es tan dada a coche, que es cochera:
así el lugar la llama por mal nombre.
Por el bueno diréis, ministro malo;
no tengo yo más gusto ni regalo.
En coche me engendró la madre mía,
y si a ser natural se vuelve todo,
que mucho, sí, a querelle me acomodo.
Decidnos vuestro gusto.
Coche, coche:
el coche pido a Dios de cada día,
como otras el pan.
¡Gran fantasía!
Del sol he recibido esta doctrina.
En coche sale el sol, y en él se pone,
y así los coches son para las damas,
pues como el sol, tenemos luz y llamas.
No quiero yo más gala que ir en coche:
él es mi mercader, él es mi sastre;
y al fin un salteador de los poblados,
que a sus ruedas les ata por despojos
atrevimientos de lascivos ojos:
el coche a mí me sabe a lo que quiero.
Es músico, es galán, es obediente;
tanto, que rueda para darnos gusto.
¿Qué no sabe guisar un coche diestro,
si hasta los gustos del amor sazona?
Al fin, señor, un coche es gran persona.
Cierto que a un coche de una amiga mía
le había de laurear si yo pudiera,
corona de laureles le pusiera.
Conserve Dios los coches en España,
pues que también hay ejes en el cielo,
sino es que acaso mienten los poetas
y es la luna y el sol gente pedestre.
La razón deste gusto nos la muestre.
Por andar dando vueltas todo el día.
Pues yo os lograré bien la fantasía.
Ministro...
¡Gran señor!
Llevalda luego
á que dé muchas vueltas a una noria,
pues que sólo en voltear pone su gloria.
Apelo al mismo Apolo, pues él sabe
lo que es andar en coche.
No he podido
negar la apelación.
Mucho ha sabido.
(Vánse el Alguacil y la Cochera.)
Si a todas las que tienen este gusto
las castigara así vuseñoría,
anduvieran las norias ocupadas,
y ellas aun no prudentes ni enmendadas.
(Entran el Alguacil y la Alcahueta.)

Escuchad esas voces...

¡Ay, señores!

Qué, ¿hay quién infame el gusto bueno mío?

¿Quién es esta mujer?

Un monstruo al mundo:

un gusto peregrino y prodigioso,

que le debe saber cualquier curioso.

Yo soy tan tierna en años como miras,

comisario de Apolo, dios modorro;

digo, el dios que reparte las modorras:

escúchame risueño y no te corras.

¿Han visto el desenfado y el despejo?

Son partes importantes de mi oficio;

por eso las venero y acaricio.

Al fin , pudiendo yo ser la primera

en los gustos de amor, porque mis años

aún no me han predicado desengaños,

mensajera de amor soy, y recibo

deleite en estos pasos diligentes,

sin serles sospechosa a muchas gentes,

que, como es disonante de mis años

el cargo de tan nobles embajadas ,

apenas son de nadie maliciadas:

y soy (no lo creeréis), yo soy...

¡Qué enfado!

Di lo que eres, mujer, aunque demonio

te llames, que no es falso testimonio.

Yo soy doncella.

¿Qué?

Yo soy doncella.

¿Doncella y alcahueta? ¡Caso raro!

¡Esto es prodigio !

Yo por tal le tengo.

Aunque callo, gran cólera prevengo.

¿Doncella y alcahueta por oficio?

¡Del demonio nació tal maestría

por disfrazar en falsa fullería!

Al fin yo me deleito en persuaciones,

encendiendo los ánimos helados,

y en dar cuidados donde no hay cuidados.

Habrás ganado un monte de dinero.

No me lleva interés, es gusto mío.

¡Notable perdición, gran desvarío!

Condenóte a doncella eternamente.

La sentencia no es fácil de cumplilla.

Yo quiero obedecella y consentilla.

¡Todo soy fuego, todo soy infierno,

que esta mujer me deja casi loco!

No digas casi, porque dices poco.

¿Ha de ser la sentencia ejecutada?

Sí, porque hembra que gasta este lenguaje,

acabe emparedada en doncellaje.

(Voces de dentro.)

¡El comisario muera, muera, muera!...

¿Qué es esto?

El pueblo todo amotinado,
porque dicen que el gusto siempre es libre.
y que no ha de rendirse a vil censura,
que el censurar el gusto es gran locura.
(Dentro.)

¿No muere el comisario?

¡Oh santos cielos,
arrojaré la vara y el oficio,
que no quiero morir, y el populacho
en sus resoluciones no da plazo! (Váse.)
(Entran todos.)

¿Adonde están el juez y sus ministros?

¡Huyamos!

Aún no sé si ya podremos.

(Huyen, entrándose y volviendo a salir.)

¡Ay, que nos siguen!

¡Mueran!

¡Vive Apolo,
que, según anda el pueblo temerario,
que cobramos en piedras el salario!